

## Dewey y el feminismo

Marta Vaamonde

“La efectiva cooperación en todos los ámbitos que mujeres varones tienen en común y de cuya exitosa realización depende todo avance social, no puede lograrse sin una simpática y prácticamente instintiva comprensión de cada uno del punto de vista del otro”. Dewey, J. “Is Coeducation Injurious to Girls? MW, VI:162,1911

“Democracia es tan solo un nombre que se da al hecho de que la naturaleza humana solamente se desarrolla cuando sus elementos participan en la dirección de las cosas que son comunes, de las cosas por las que hombres y mujeres forman grupos, es decir, familias, compañías industriales, gobiernos, iglesias, asociaciones científicas”. Dewey, J. *Reconstruction in Philosophy*, MW, XII: 199-200, 1920

### 1. Introducción

El objetivo fundamental del seminario es mostrar la relación del pragmatismo de Dewey y el feminismo con el fin de señalar los recursos que ofrece en la comprensión contemporánea del feminismo y de la democracia. Para llevar a término este cometido resultan provechosas algunas aclaraciones previas acerca del sentido del feminismo.

El feminismo es un movimiento de liberación que reivindica la igualdad de hombres y mujeres como elemento indispensable de la democracia. Ahora bien, “democracia” es una palabra que históricamente ha adoptado distintos significados. Las terribles consecuencias de su abuso así como las transformaciones sociales contemporáneas han suscitado un rico debate en filosofía política en relación a su sentido en el que han participado autoras feministas desde presupuestos teóricos dispares: fenomenológicos, marxistas, liberales etc., Estas autoras han contribuido a ampliar la democracia a aspectos de la vida y de la sociedad que tradicionalmente le resultaban ajenos: violencia en el ámbito familiar, el reconocimiento de las personas dependientes, reconocimiento de grupos diferenciales etc.,

En este contexto de heterogeneidad y riqueza de corrientes feministas, mi exposición se articula en torno a tres preguntas:

1. ¿Fue Dewey feminista? y, en caso afirmativo ¿cómo entendía la igualdad entre mujeres y hombres?
2. ¿Qué influencia tiene Dewey en el feminismo contemporáneo?
3. ¿Qué interés puede tener el feminismo deweyano en el debate feminista y democrático actual?

## 2. Dewey y el feminismo: ¿Cómo entendía Dewey la igualdad de género?

Dewey supo colaborar con mujeres importantes que dejaron huella en sus planteamientos filosóficos, como su esposa Alice y la trabajadora social Jane Addams. Alice pertenecía al movimiento sufragista e impartió conferencias sobre el sufragio femenino en las universidades de Tokio y Pekín cuando Dewey las visitó (Dykhuisen, 1974, 188-189). Trabajó durante años con Dewey como directora de la Escuela Laboratorio. Por otra parte, Jane Addams, fundadora de Hull House en Chicago, a cuya junta directiva pertenecía Dewey, ejerció también una notable influencia en su pensamiento: Addams y Dewey compartían una visión similar de la democracia y se apoyaban en sus planteamientos (Westbrook, 2010, 28).

No resulta, por consiguiente sorprendente que la reflexión sobre la igualdad de género recorra toda la obra de Dewey. Se trata de uno de los pilares del ideal democrático que, como Bernstein señala, está en el corazón de su pragmatismo (Bernstein, 2010, 221).

Ya en 1886 se lamentaba Dewey en “Health and Sex in Higher Education” de que se educaba a las mujeres casi exclusivamente para ser esposas y madres (Dewey 1886, 74). En su trabajo de 1911 “Is Co-education Injurious to Girls?” defendió el derecho de las mujeres a acceder a la enseñanza en todos los niveles. Fue defensor —tanto en sus obras filosóficas como en la práctica— de la igualdad de derechos de las mujeres y de la coeducación como medio de desarrollar los hábitos comunicativos indispensables en una democracia y de evitar la distinción genérica de la formación que perpetúa las desigualdades sociales.

En estas primeras obras Dewey ofrece una consideración de la igualdad de género que defenderá toda su vida. Como ideal democrático no es solo un principio que debe ser políticamente reconocido, sino que se trata de un ideal ético que debe presidir todas las relaciones entre mujeres y varones tanto públicas como privadas; y que debe afectar a todas las dimensiones de la persona, no solo a los valores conscientemente asumidos sino también a las actitudes, afectos e inclinaciones. Por eso consideraba que el principal motor de la democracia y de la igualdad de género era la adquisición de hábitos comunicativos a través de la coeducación.

Resulta interesante el sentido moral de la diferencia presente en “Is Co-education Injurious to Girls?”, pues la comprensión de las diferencias es uno de los asuntos centrales del feminismo actual y permite además reconocer el giro del pensamiento deweyano del idealismo de sus comienzos al pragmatismo. Los defensores de la educación diferenciada consideraban que la separación permitía atender mejor a las características específicas de cada género. Desde el punto de vista empírico, piensa Dewey, cada individuo es distinto. La cuestión es el valor que se da a las diferencias. Pueden ser motivo de separación, pueden excluirse reduciendo a todos a la uniformidad, o pueden ser motivo de integración. Dewey consideraba que la integración era el camino de la transformación y mejora educativa, social y también personal (Dewey, 1911, 161). Incluso si se mantenía el supuesto de que los chicos tienden más hacia lo impersonal, hacia los procesos abstractos y mecánicos y las chicas más a lo concreto, a los procesos humanos y sociales, el progreso social es mayor si se equilibran estas tendencias que si se extreman solo algunas de ellas. La coeducación supone la convivencia de mujeres y varones que van reajustando así sus tendencias específicas.

El concepto de simpatía adquiere también un sentido específico desde los presupuestos pragmáticos de Dewey. Frente a la visión abstracta de la razón, Dewey considera la inteligencia como el conjunto de disposiciones que permiten enriquecer la propia experiencia a través de la comunicación con los otros y la simpatía resulta imprescindible para comunicarse. Dewey entiende la simpatía como la capacidad de ponerse en el lugar del otro, es decir, de escuchar su propio punto de vista y de sentirse interpelado por él. En última

instancia, “la simpatía intelectual” supone una actitud moral de respeto y consideración a la unicidad del otro.

Aunque Dewey consideraba capital la educación en la transformación social, atiende también a los cambios institucionales, fundamentalmente en la familia y en las leyes, que la igualdad de género requiere.

En la primera edición de *Ethics* (Dewey, 1908) afirma que la principal barrera del crecimiento moral de mujeres y varones y del desarrollo social democrático es la abrupta separación de funciones y sexos entre el ámbito público y el ámbito privado. Dewey propone disolverlo con el fin de no limitar a priori el crecimiento personal de mujeres y varones, ni reducir artificialmente los ideales democráticos de libertad e igualdad al ámbito público. Dewey señala (Dewey, 1908, 529):

Con la importante excepción del sufragio, la mujer ha logrado igualdad ante la ley [...] bajo estas condiciones es increíblemente difícil mantener una unión familiar que no se base en la igual libertad, la igual responsabilidad, la igual dignidad y autoridad.

En “What I Believe”, publicada en 1930, agudiza la crítica al papel tradicional de la mujer en la familia. Dewey afirma que: “Las ideas presentes acerca del matrimonio, el amor y la familia son una construcción exclusivamente masculina” (Dewey, 1930, 276). El resultado es la idealización puramente sentimental y el amparo legal de unas relaciones prácticas de dominio. La liberación de la mujer, señala Dewey, tendrá como consecuencia el desarrollo de relaciones humanas más realistas y morales (Dewey, 1930, 276).

En este sentido, Dewey consideraba que el progreso en el conocimiento científico de la sexualidad y en la información sexual repercutía en su control humano. Dewey apoyó a Margaret Sanger, Charlotte Perkins Gilman y otras feministas que se enfrentaron a la censura de la información sexual (Seigfried, 2001, 67). En 1930, escribió una carta a Mary Ware Dennett, defendiéndola de aquellos que habían acusado su panfleto “The Sex Side of Life” de obsceno. Lo que realmente potencia la obscenidad, pensaba Dewey, era la falta de información científica sobre el tema, pues abre otras vías, realmente obscenas, de tratar la cuestión (Dewey, 1930, 127).

En 1911, Dewey participó en un congreso organizado por el movimiento sufragista. Se plantearon a varios intelectuales una serie de cuestiones para conocer su posición respecto al sufragio femenino. Las respuestas de Dewey fueron publicadas en 1911 por la *International 3* con el título: “A Symposium on Woman's Suffrage”, (Dewey, 1911, 153-154). De acuerdo con Dewey, la extensión a la mujer de los derechos políticos es necesaria para completar el movimiento democrático, pero además resulta imprescindible para evitar que se atribuyan a la misma democracia los males sociales derivados de su estado incompleto e imperfecto en la sociedad americana de principios del siglo XX. La masificación producida por la industrialización llevó a algunos intelectuales como Walter Lippman a mantener que una élite profesional debería guiar la sociedad. Dewey consideraba que el problema de la masificación no se solucionaba aislando a la masa, sino transformándola en una comunidad a través de la participación social de sus miembros<sup>1</sup>, para lograrlo, era imprescindible extender los derechos democráticos, entre ellos, el derecho al voto.

En la época de Dewey, los detractores del sufragio femenino consideraban que la condición moral de la mujer afectaría a su voto, dando por supuesto que esa influencia sería

---

<sup>1</sup>En *El público y sus problemas* Dewey explica las características y los medios para formar esta Gran Comunidad. Cf. Dewey, J. *The Public and its Problems*, LW (1927), II, 119-141.

negativa. Dewey denuncia este doble estándar de moralidad. No debe plantearse si la condición moral de la mujer afecta a su voto hasta que no se plantee si la condición moral del hombre afecta al suyo (Dewey, 1911, 154). A la cuestión de si estaba a favor de utilizar métodos violentos para lograr el sufragio femenino, Dewey mantiene que: “si se diera el caso, las mujeres necesitarían algún medio de demostrar que van en serio” (Dewey, 1911, 154). Dewey abogaba por el análisis científico de las circunstancias concretas para plantear planes de acción que lograsen una reforma progresiva de las instituciones. La educación, más que la revolución, era el motor de la reforma social. Sin embargo, no descartaba a priori una acción más contundente si las circunstancias concretas del caso lo exigieran.

Dewey analiza explícitamente los prejuicios en los que se apoya la discriminación en “Racial Prejudice and Friction” (Dewey, 1922, 242-254) y en “Contrary to Human Nature” (Dewey, 1940, 258-262). Aunque la primera obra está dedicada al prejuicio racial, Dewey afirma que: “algunos de los fenómenos del prejuicio racial son paralelos a los prejuicios contra las mujeres” (Dewey, 1922, 248). Considera que la subordinación política es uno de los factores que refuerzan el prejuicio de la inferioridad de la mujer. El reconocimiento de sus derechos políticos es imprescindible, por tanto, para superarlo. En “Contrary to Human Nature”, analiza más detalladamente los prejuicios. Los hábitos llegan a constituir una especie de segunda naturaleza que se confunde con la naturaleza original. Los que tienen puestos sociales privilegiados rechazan cualquier cambio social utilizando el argumento de que es contrario a la naturaleza humana y, de esta manera, mantienen sometidos al resto. Este tipo de argumento, afirma Dewey, es el que se utiliza para impedir el reconocimiento de los derechos civiles a la mujer (Dewey, 1940, 259).

El análisis de la obra de Dewey permite comprender la importancia que otorga a la igualdad de género, el carácter innovador de su propuesta y los inevitables límites de sus reflexiones. Dewey consideraba que la igualdad de género formaba parte del ideal democrático y, como tal, supone un ideal de vida en común que debe guiar todas las relaciones entre mujeres y varones. Su principal motor es la creación de hábitos comunicativos por medio de la educación, pero supone también la superación de la escisión entre el ámbito público en manos de los varones y el ámbito privado y familiar en el que se ubica a las mujeres. Tal separación limita las posibilidades de crecimiento de ambos, fundamentalmente de las mujeres.

Sin embargo, su propuesta de transformación de la vida familiar no llega, en la práctica, demasiado lejos. No solo las condiciones sociales ocurridas tras la Guerra le hicieron girar hacia posturas más conservadoras, sino que, en las obras en las que se muestra más progresista, entiende que la profesionalización de la mujer mejorará sus relaciones familiares. Sin embargo, no analiza los cambios en la actitud del hombre que la nueva situación requeriría.

Por otra parte, como señala Ch. H. Seigfried, Dewey creía que la reflexión permitiría clarificar los prejuicios que conducían al sometimiento de la mujer, por lo que no analizó en profundidad la fuerza de la misoginia en las actitudes personales y en las instituciones sociales<sup>2</sup> (Seigfried, 2001, 57).

---

<sup>2</sup>Hannah Arendt critica el intelectualismo de Dewey en “La torre de marfil del sentido común” en Arendt, H. *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós, Madrid, 2005.

### 3. Feminismo pragmatista contemporáneo: ¿Qué influencia tiene Dewey en el feminismo contemporáneo?

Charlene H. Seigfried se lamentaba en un artículo publicado en *Hypatia* con el título “Where Are All the Pragmatic Feminists?” (Seigfried, 1991,1) de que la investigación feminista pragmática era casi inexistente, a pesar de las múltiples intersecciones que, desde su punto de vista, había entre ambas corrientes (Bardwell-Jones y Hamington, 2012, 1). No resulta extraña la afinidad entre el pragmatismo deweyano y el feminismo, pues ya Jane Addams —como se ha indicado más arriba— incidió directamente en el planteamiento democrático de Dewey (Seigfried, 1999, 212). Sin embargo, a partir de los años 30 del siglo XX, los caminos del feminismo y el pragmatismo se bifurcaron. Fueron varios los motivos que explican esta separación. En primer lugar, el triunfo de la filosofía analítica en el mundo anglosajón hasta la primera mitad del siglo XX eclipsó el interés por el pragmatismo (Rumens y Kelemen, 2010, 129). Pero además, las feministas pragmáticas parecían ambivalentes y poco contundentes hacia el sexismo y la opresión de las mujeres que animó a la llamada segunda ola feminista. (Rumens y Kelemen, 2010, 134-135).

En las últimas décadas, coincidiendo con el resurgimiento del pragmatismo (Bernstein, 1992, 813), comenzó a desarrollarse en los Estados Unidos un creciente feminismo neopragmatista que tiene en los planteamientos de Dewey una de sus principales fuentes de inspiración (Bardwell-Jones y Hamington, 2012, 2). Judith Green (Seigfried, 2001, 262) y Barbara Thayer-Bacon (Bardwell-Jones y Hamilton, 2012, 143) se sirven de la reconstrucción deweyana del individuo como un ser social y relacional para ofrecer una alternativa al modelo de democracia liberal. Paula Droeger utiliza el concepto de experiencia de Dewey para reconstruir la idea de la experiencia de la mujer como base justificada de la crítica feminista (Seigfried, 2001,161-168). Shannon Sullivan reconstruye la objetividad de la teoría sin identificarla con la imparcialidad, es decir, desde el pluralismo y falibilismo característicos del pragmatismo (2001, 211). Frente al dualismo cartesiano, el pragmatismo de Dewey ofrece una visión naturalizada de la racionalidad de la que se ha servido Erin McKenna para desarrollar una ética atenta a las relaciones con el medio natural (Bardwell-Jones y Hamington, 2012, 238-253).

Me detendré en algunos de los aspectos de la filosofía de Dewey señalados que han servido de punto de partida al feminismo pragmatista.

En primer lugar, la noción de experiencia. En *la reconstrucción de la filosofía* (Dewey, 1920) Dewey lleva a cabo un análisis crítico de la visión tradicional y moderna de la experiencia (Bernstein, 2010, 102-112). Desde el punto de vista tradicional, se consideraba que el pensamiento era una actividad contemplativa que permitía comprender el verdadero ser de las cosas, mientras que la experiencia permitía, en el mejor de los casos, mejorar las prácticas de los oficios.

En la filosofía moderna la experiencia adopta casi exclusivamente un sentido epistemológico. Aunque los racionalistas y empiristas disientan de su valor, ambos reducen la experiencia a las impresiones sensibles y subjetivas, a contenidos de la mente que, o bien hay que utilizar como los elementos básicos del pensamiento, en el caso de Hume, o rechazar por su confusión, en el caso de Descartes. En cualquier caso, las impresiones quedan reducidas a contenidos de la mente y el pensamiento se interpreta como la actividad privada de una conciencia introspectiva.

A pesar de sus disparidades, ambos planteamientos, piensa Dewey, parten de un presupuesto injustificado: la separación de la teoría y la práctica. El punto de partida de

Dewey es la experiencia en su sentido vital. Dewey se refiere a la experiencia con estas palabras:

Experiencia es lo que James llamaba una palabra de doble cuño. Como sus congéneres vida e historia, incluye *lo* que los hombres hacen y sufren, aquello por lo que luchan, aman y creen y también *cómo* los hombres actúan y reaccionan, los modos en que hacen y sufren, desean y disfrutan, ven creen e imaginan. (Dewey, 1925, 18).

La experiencia incluye lo que se experimenta, es decir, objetos reales que son distintos de nosotros: lo que vemos, creemos, amamos, y el sujeto que experimenta, que ve, ama, o que cree. Por eso, la experiencia es similar a la vida: el conjunto de actos que componen nuestra existencia y que supone un yo que actúa en un contexto o circunstancias.

El pensamiento se desarrolla y tiene sentido en este contexto: su función consiste en organizarlo reflexivamente. Así que para descubrir el valor de una teoría tenemos que llevarla a la práctica y comprobar si ordena realmente los hechos que pretende. Puesto que la teoría tiene un valor práctico y la práctica cambia, tenemos que someter a crítica y comprobación experimental las teorías sin considerar de antemano que son absolutamente ciertas. El falibilismo es una de las consecuencias inmediatas del pragmatismo de Dewey. Pero además, la teoría se desarrolla siempre en un contexto y, por tanto, desde una perspectiva determinada. Por consiguiente, logramos objetividad no a través de las categorías de un sujeto trascendental, ni por medio de una conciencia introspectiva, sino a través de la práctica científica, que es social y progresiva. Desde este punto de vista, la consideración de la pluralidad de perspectivas de una situación determinada resulta imprescindible para su comprensión.

Ya Jane Addams en su época y en la actualidad Seigfried, Sullivan y Droeger han destacado la vinculación deweyana de teoría y práctica que convierte la reflexión inteligente en el medio de transformación social, al tiempo que supone valorar la aportación de la experiencia específica de las mujeres en el análisis de la historia o en los planteamientos políticos o morales.

La visión mecanicista de la naturaleza asociada a la revolución científica llevó a algunos autores modernos como Descartes o Kant a interpretar la razón como una facultad introspectiva o trascendental, es decir, a situarla en un ámbito distinto al natural en el que fuera posible la libertad. Desde un punto de vista antropológico, señala Dewey, supuso la separación de cuerpo y alma; desde un punto de vista moral, la separación de los fines morales impuestos por la conciencia, de los medios materiales y corporales necesarios para llevarlos a la práctica. En última instancia, en la medida en que los fines son morales, esto es, racionales, no pueden realizarse, ni materializarse. Además, si actuamos como seres racionales y morales debemos abstraernos de los deseos y pasiones. El comportamiento moral, como la objetividad científica, debe ser imparcial. Como resalta McKenna y ha quedado señalado, Dewey criticó esta visión abstracta de la razón. Afirma Dewey (Dewey, 1922, 177):

La separación entre la cálida emoción y la fría inteligencia es la gran tragedia moral. Esta separación es perpetuada por aquellos que rechazan la ciencia y la previsión a favor del afecto, así como por quienes, en nombre de un ídolo llamado razón, quisieran sofocar la pasión.

Lo que caracteriza a la razón es su cometido práctico, que consiste en lograr, en palabras de Dewey: “una armonía de funcionamiento entre los distintos deseos” (Dewey,

1922, 136). Por eso, lejos de oponerse, la reflexión y el impulso se complementan. La reflexión tiene un papel directivo en la conducta: tras una deliberación determina un curso de acción. Ahora bien, la reflexión comienza cuando se rompe el automatismo de la conducta pasada, y esa ruptura viene marcada por el deseo, que, de este modo, es el motor, el impulso de la reflexión. Dewey afirma: “La inteligencia se inspira siempre en algún impulso. Hasta el más empedernido especialista científico y el filósofo más abstracto están movidos por alguna pasión” (Dewey, 1922, 177-178).

En lugar de entender que la razón nos sitúa por encima de la experiencia y la situación concreta en la que nos encontramos, Dewey entiende que su función consiste en ordenarla. Esta vinculación de la conciencia al cuerpo y a la naturaleza permite elaborar una teoría ética respetuosa con el medio y los animales, afirma McKenna.

Como se ha apuntado, Dewey consideraba que la separación entre teoría y práctica que se expresa en la modernidad en la escisión entre la interioridad de la conciencia y la exterioridad del cuerpo y del mundo, suponía trágicas consecuencias morales, y, por tanto también políticas. Tanto Dewey como las feministas contemporáneas han criticado las teorías contractuales. Dewey dedicó a este tema una de sus primeras obras: *La ética de la democracia* (Dewey, 1888, 227-250). Green y Thayer-Bacon se han servido de la consideración deweyana de individuo, en la que me centraré, para criticar la visión liberal de la democracia.

Las teorías contractuales consideran que lo que legitima el acuerdo social es un pacto entre individuos. Los individuos actúan como tales cuando hacen abstracción de sus intereses concretos, de su pasado, con el fin de alcanzar principios universales que ordenen su comportamiento. La universalidad y racionalidad de los principios dependen de su imparcialidad. El concepto moderno de razón que previamente hemos criticado se ha mantenido en teorías éticas y políticas de herencia kantiana como la de Kohlberg y en la propuesta liberal de Rawls. El individuo se define por relación a una razón que lo sitúa al margen de las circunstancias concretas en las que se desenvuelve su vida. Sin embargo, de acuerdo con Dewey, la identidad del individuo depende precisamente de esas circunstancias. Señala (Dewey, 1930, 121):

La individualidad [...] es una manera única de actuar en y con un mundo de objetos y personas. No es algo completo en sí, como un armario o un cajón secreto en un escritorio, lleno de tesoros esperando a ser concedidos al mundo. Dado que la individualidad es una manera distintiva de sentir los impactos del mundo y de mostrar sesgos diferenciales en respuesta a esos impactos, adquiere perfil y forma sólo mediante transacción con condiciones reales.

Esta consideración pragmática del individuo, en relación al contexto social y concreto en el que desarrolla su vida tiene, por supuesto, consecuencias en el ideal democrático de Dewey y también en su consideración de la igualdad de género.

El ideal democrático, de acuerdo con Dewey, no es solo un ideal político, sino que tiene un objetivo social y humano: está destinado a organizar de tal manera la sociedad que los individuos puedan lograr el pleno desarrollo de sus capacidades. Esto se consigue si la sociedad está ordenada como una comunidad. No se limita externamente el crecimiento humano, si son las propias personas las que participan en la organización de sus relaciones. Por eso, para Dewey el diálogo no es solo un procedimiento útil para tomar decisiones públicas, sino que nuestro crecimiento personal depende de las relaciones comunicativas que establezcamos con los demás.

En este orden de cosas, la igualdad de género no se reduce a un principio formal, al mero reconocimiento legal de unos derechos, ni supone la uniformidad social que se deriva de la concepción abstracta del individuo de las teorías liberales, sino que, desde un punto de vista

político consiste en proporcionar a las mujeres y a los hombres las condiciones sociales oportunas para su desarrollo personal. Sin embargo, no se puede lograr ese ideal a base de estatutos, sino que depende, en última instancia de que lo incardinemos en nuestra conducta. Como afirma Dewey (Dewey, 1911, 162):

La efectiva cooperación en muchos ámbitos que mujeres y varones tienen en común, de cuya exitosa realización depende todo avance social, no puede lograrse sin una comprensión simpática y prácticamente instintiva por parte de cada uno del punto de vista y el método del otro.

**4. Conclusión:** ¿Qué interés puede tener el feminismo deweyano en el debate democrático y feminista actual?

Dewey afirmó en *The Need of a Recovery of Philosophy* (Dewey, 1917) que: “la filosofía se recupera a sí misma cuando deja de ser un recurso para ocuparse de los problemas de los filósofos y se convierte en un método, cultivado por los filósofos, para ocuparse de los problemas de los seres humanos” (Dewey, 1917, 46).

El sentido práctico que para Dewey tiene la teoría, como un método para reconstruir reflexivamente el mundo dirigiéndolo hacia una comunidad más humana y democrática, lo vincula estrechamente al feminismo, que tiene el mismo objetivo. Pero además, la propuesta filosófica y democrática de Dewey tiene especial interés en el debate feminista actual que se dirime entre el feminismo crítico y el feminismo posmoderno.

En primer lugar, Dewey presenta su filosofía como un método y no como un cuerpo doctrinal, que ofrece una vía media entre el feminismo crítico de raíz kantiana y el feminismo posmoderno. El feminismo crítico encuentra en los principios ilustrados los fundamentos de su reflexión, el feminismo posmoderno rompe con la ilustración denunciando los intereses supuestos en esos fundamentos pretendidamente universales e imparciales. El feminismo crítico ha sido tachado de dogmático, el feminismo posmoderno de escéptico, pues deconstruye los ideales modernos pero no propone fines alternativos que promuevan la emancipación de las mujeres. El pragmatismo de Dewey no renuncia a principios normativos, como el feminismo crítico, ni a la capacidad humana de ordenar de modo justo y reflexivo su vida, pero no considera esos principios como fundamentos incuestionables. Los principios tienen un sentido práctico, su valor se cifra en su capacidad para transformar las situaciones concretas en las que se origina la reflexión.

En esta tarea de reconstrucción de la filosofía, Dewey redefine conceptos polémicos en el feminismo actual que, como se ha señalado, han servido de inspiración al feminismo pragmatista contemporáneo: experiencia como el contexto en el que se desarrolla nuestra vida frente a la consideración moderna exclusivamente epistemológica, inteligencia como capacidad para ordenar reflexivamente la experiencia, conocimiento como actividad práctica y social que nos permite objetivar progresivamente el mundo, individualidad como el resultado de las complejas interacciones de la persona con el entorno, la conducta ética como expresión de la integración armónica de los distintos elementos que confluyen en la acción y, el ideal último de la filosofía deweyana: el ideal democrático como un ideal de vida en común que tiene como objetivo el pleno desarrollo de las personas.

La igualdad de género también queda redefinida en un sentido radical en el pragmatismo de Dewey. Entiende que este ideal forma parte capital del ideal democrático que alentó su vida. Para Dewey la igualdad no es un principio meramente formal, puede y debe quedar recogido en leyes, pero esas leyes deben ser expresión de un comportamiento social.

De poco sirve que la igualdad se exprese en estatutos si en nuestras prácticas cotidianas y en nuestras relaciones sociales no se hace realidad. Tampoco se trata de que mujeres y hombres sean idénticos y que haya que tratarlos a priori y en cualquier circunstancia de la misma manera, se trata más bien de que mujeres y varones tengan las mismas oportunidades para desarrollar sus capacidades, que pueden ser bien distintas. Ahora bien, la creación de unas condiciones de vida que permitan el pleno desarrollo de mujeres y varones no puede quedar exclusiva ni fundamentalmente en manos del Estado, porque las condiciones de nuestra vida no dependen solo de las disposiciones estatales, sino sobre todo de las disposiciones y de las relaciones que mantenemos con otras personas.

Por este motivo, de acuerdo con Dewey, la igualdad de género depende de que nos afanemos en nuestra vida cotidiana por crear relaciones que fomenten el pleno desarrollo de las mujeres y los hombres con los que tratemos. En última instancia, debe alumbrar nuestras vidas porque es un ideal ético destinado al crecimiento moral y personal tanto de mujeres como de varones y al desarrollo social democrático.

## Bibliografía

Arendt, H. *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós, Madrid, 2005.

Bardwell-Jones, C; Hamington, M. 2012, *Contemporary Feminist Pragmatism*, Routledge, New York, 2012.

Bernstein, R. *Filosofía y democracia*, Herder, Barcelona, 2010.

Dewey, J. (1885) "Education and the Health of Women", EW, I, 64-68.

\_\_\_\_\_ (1888) "The Ethics of Democracy", EW, I, 227-250.

\_\_\_\_\_ (1911) "A Symposium on Woman's Suffrage", MW, VI, 153-154.

\_\_\_\_\_ (1911) "Is Co-education Injurious to Girls?", MW, VI, 155-164.

\_\_\_\_\_ (1908) *Ethics*, MW, V, 1-607.

\_\_\_\_\_ (1917) "The Need of a Recovery of Philosophy", MW, X, 3-48.

\_\_\_\_\_ (1920) (1922) *Human Nature and Conduct: An Introduction to Social Psychology*, MW, XIV, 2-251.

\_\_\_\_\_ (1920) *Reconstruction in Philosophy*, MW, XII, 78-201.

\_\_\_\_\_ (1922) "Racial Prejudice and Friction", MW, XIII, 242-254.

\_\_\_\_\_ (1925) *Experience and Nature*, LW, I, 3-431.

\_\_\_\_\_ (1927) *The Public and its Problems*, LW, II, 236-372.

\_\_\_\_\_ (1930) "In Defense of Mary Ware Dennett's *The Sex Side of Life*", LW, XVII, 127.

\_\_\_\_\_ (1930) *Individualism Old and New*, LW, V, 41-123.

\_\_\_\_\_ (1930) "What I Believe", LW, V, 267-278.

\_\_\_\_\_ (1940) "Contrary to Human Nature", LW, XIV, 258-261.

Dykhuizen, G. *The Life and Mind of John Dewey*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1974.

Seigfried, Ch. H. "Where Are All the Pragmatic Feminists?", *Hypatia*, 6/2, 1991, 1-20.

————— Pragmatism and Feminism, *Reweaving the Social Fabric*, University of Chicago Press, Chicago, 1996.

————— (ed.), *Feminist Interpretations of John Dewey*, Pennsylvania State University Press, University Park, PA, 2001.

Rumens, N; Kelemen, M. (2010).“American Pragmatism and Feminism: Fresh Opportunities for Sociological Inquiry”,*Contemporary Pragmatism*, 7 (1), 129-148.